

# EL MUNDO

Domingo, 22 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.370.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / I / JULIO VALDEON**

### «En la Edad Media, España ya existía como idea»

Enamorado de Castilla y defensor de una visión heterodoxa de lo castellano, en abierta oposición a la lectura imperial que de ella quiso hacer el franquismo, Julio Valdeón Baruque se especializó en Historia Medieval por influencia de Luis Suárez Fernández. Nacido en Olmedo, Valladolid, en 1936, dentro de una familia republicana, e influido por la tradición marxista, es uno de los principales renovadores de la historiografía medieval española. Entre sus obras más conocidas figuran 'Los Trastámara', 'El feudalismo' y 'El chivo expiatorio: judíos, revueltas y vida cotidiana en la Edad Media'. Preocupado porque en la enseñanza en nuestro país «hemos pasado del extremo de presentar la Historia de España como unidad de destino en lo universal» a una desproporción en la que cada cual sólo aprende la Historia local de su comunidad, Valdeón trabajó en la comisión de reforma de la enseñanza de Historia en la Secundaria

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** ¿Desde cuándo se puede hablar de España?

**RESPUESTA.-** Si nos referimos a la nación-Estado, desde el siglo XIX. Pero la idea de España como un cuerpo político existe en la Edad Media, aunque fuera entre las minorías. Incluso algunos escritores del final del Imperio romano aluden a lo hispano no sólo como territorio, sino también como formas de vida y costumbres.

**P.-** La idea medieval de España, ¿la tienen sólo los cristianos?

**R.-** La palabra España es cristiana, pero los musulmanes aplicaron un término referido al conjunto de la Península, Al Andalus, y los judíos hicieron lo mismo, Sefarad. Siempre se ha dicho que Al Andalus y Sefarad son sinónimos de España.

P.- ¿Ha quedado luego algo de Al Andalus y Sefarad en España?

R.- Ocho siglos de coexistencia han dejado huellas. Una muestra es la cantidad de palabras de origen árabe. Del judaísmo también hay herencia, porque muchos judíos aceptaron la conversión al cristianismo. Además, los judíos preocupaban más.

P.- ¿En qué sentido?

R.- Porque eran atacados por la Iglesia, que los llamaba «deicidas». Se les acusaba de usura, aunque sólo la practicara una minoría. En cambio, los musulmanes que quedaban eran más modestos, obreros, labradores, y preocupaban menos.

P.- ¿La convivencia entre las tres culturas fue real?

R.- Más que convivencia, habría que decir coexistencia. Alfonso X el Sabio (1221-1284) tuvo mucha relación con judíos y musulmanes en la Escuela de Traductores de Toledo. Sin embargo, en su obra Las Partidas se lee: «Los judíos están como testimonio de que mataron a Cristo y con la esperanza de que algún día se conviertan». Decir «os admitimos porque os daréis cuenta de vuestro error» no es tolerancia. Pero probablemente coexistieron más que en otros países de Europa. Cuando los cristianos llegaron a Toledo, Alfonso VI (1040-1109) firmó el decreto llamado Carta inter cristianos et judeos, que establece que hay que tratar igual a unos que a otros.

P.- ¿Cómo hay que entender los progromos de 1391?

R.- La razón principal fue la guerra entre Pedro I el Cruel y su hermano Enrique de Trastámara. Enrique, un bastardo de Alfonso XI (1311-1350) que aspira al trono, acusa a su hermano de protector de los judíos. Era una forma de ganarse al pueblo.

Las matanzas de judíos de 1391 fueron consecuencia de esa guerra de tres años, que tiene muchas similitudes con la Guerra Civil. Tuvo lugar entre 1366 y 1369, o sea, múltiplos de tres, como entre 1936 y 1939. Intervinieron extranjeros en ambos bandos, igual que en la Guerra Civil. Y cuando Enrique II, antes de acabar la guerra, se proclamó rey, lo hizo en las Huelgas de Burgos, donde Franco se proclamaría jefe del Gobierno del Estado español. Enrique era un cruzado y Franco, el dirigente de la «cruzada de liberalización nacional».

P.- ¿Cómo hay que interpretar la expulsión de los judíos por los Reyes

Católicos?

R.- Tras el fin de la Guerra de Granada y la puesta en marcha la Inquisición, pensaron que la mejor forma de evitar que los conversos judaizaran en secreto era que no tuvieran conexión con judíos de verdad. Por eso se les conminó a convertirse o a irse.

P.- Se ha escrito que el decreto de expulsión era muy duro, precisamente para que prefiriesen convertirse.

R.- Parece que, como mucho, se fueron cien mil, entre todos los reinos: Castilla, Aragón y Navarra. Bastantes volvieron después y parece que los que se fueron, salvo excepciones, eran los más pobres.

P.- En cuanto a los musulmanes, ¿cómo valora el papel de la Reconquista como seña de identidad española?

R.- La conciencia de Reconquista sólo la tuvo una minoría, que especulaba con el retorno a la unidad de los tiempos visigodos. Pero, al principio, la presencia musulmana en la Península fue muy tolerante. La buena relación se quebró con la disgregación del Califato en las taifas y cuando llegaron invasores más integristas, los almorávides (siglo XI) y los almohades (siglo XII).

P.- Los musulmanes que pasaron el Estrecho no fueron muchos y parece que la islamización se produjo con los propios habitantes de la Península.

R.- A mediados del siglo X, en la época de Al Hakam II, casi el ochenta por ciento de la población cristiana había aceptado la religión musulmana. El historiador Pierre Guichard ha demostrado que hubo una islamización de las relaciones conyugales, familiares y de otros muchos aspectos, aparte de los religiosos.

P.- Si esto es así, ¿la visión de la Reconquista como una seña de identidad no se corresponde con las evidencias históricas?

R.- Siempre se trató de identificar España con la Cristiandad. Pero la islamización quizá se debió también a que la difusión del cristianismo no era muy profunda. Muchos escritos de autores visigodos hablan de paganismo rural.

P.- La repoblación siempre se ha explicado en paralelo a la Reconquista. ¿Qué fue antes?

R.- La repoblación empezó en la Cuenca del Duero y en unas zonas de Cataluña que no ocupaban ni unos ni otros, porque los musulmanes no pasaron apenas del Sistema Central y, por el Valle del Ebro, de Zaragoza.

Pero la Cuenca del Duero era una especie de tierra de nadie: el poder de los reyes de Asturias no pasaba de la Cordillera Cantábrica y los musulmanes, al cruzar el Duero, pensaban que pasaban al desierto.

A partir del año 800, poco a poco, gente que se había concentrado en las montañas empieza a bajar y a asentarse en el norte de León, Palencia, Burgos. O sea que en principio hay una repoblación espontánea. La dirigida llegó en el siglo XIII.

P.- ¿El avance de la Reconquista tuvo por objeto apoyar estos asentamientos?

R.- Los primeros pasos de la Reconquista se dieron sobre todo con Alfonso VI, cuando llegó a Toledo (1085), la primera gran ciudad que conquistaron en Al Andalus, que ya estaba fragmentado en taifas. Pero la idea de la Reconquista es un poco ficticia. Empezó a utilizarse a partir del siglo XIII, después de la Batalla de las Navas de Tolosa (1212), que se consideró una gran cruzada.

P.- A principios del siglo XV, tanto en Castilla como en Aragón gobierna una misma casa, los Trastámara. ¿Podría hablarse de una primera dinastía nacional?

R.- El hecho de que una misma familia ocupe los dos principales reinos es muy importante. Aunque la unión de los herederos de ambos reinos fue una unión dinástica, era también un paso hacia la reconstrucción de la unidad de España. Lo dicen los cronistas de la época. Lo escribe Diego de Valera: «Se va a la monarquía de todas las Españas». Lo dice el obispo de Gerona Joan Margarit: «Se han unido la España Citerior y la Ulterior». También Pedro Mártir de Anglería: «Ya están unidas casi todas las Españas, sólo quedan dos dedillos, Navarra y Portugal».

Con los Reyes Católicos se dio un paso más. A partir de entonces, en el extranjero, se utiliza cada vez más la expresión «reyes de España». Aquí no, porque era una unidad por arriba, basada en el poder del rey, pero por la base era una especie de federación, en la que cada reino tenía su moneda, sus aduanas y sus normas jurídicas distintas.

P.- ¿Hemos vuelto a los orígenes?

R.- Sí, con las 17 comunidades autónomas, casi volvemos a los orígenes.

P.- ¿En qué medida estas señas de identidad histórica, como la Reconquista o los Reyes Católicos, son producto de la relectura de la Historia por el franquismo?

R.- Durante el franquismo hubo una reinterpretación de los Reyes Católicos, de las ideas de la Cristiandad y de la cruzada contra los musulmanes. Recordemos canciones como aquella de «Isabel y Fernando, el espíritu impera...». Pero aquella España era más una federación que una unión. Lo que hubo fue un abuso de la Historia por parte de un régimen político.

P.- En esa relectura franquista, parece que Castilla es la que contiene la esencia de España.

R.- Siempre se ha dicho que «Castilla hizo a España». En eso coincidieron José Ortega y Gasset y Claudio Sánchez Albornoz. Aunque Ortega decía: «Castilla hizo a España y la deshizo». Y Sánchez Albornoz: «Castilla hizo a España y España deshizo a Castilla». La Corona de Castilla tuvo un fuerte papel en términos cuantitativos, por varias razones. Tenía más población y los reyes tenían más fuerza que en Aragón, donde la nobleza y la Iglesia controlaban más los procesos políticos.

También a Colón lo apoyó Castilla y es a ella a la que se añaden los territorios descubiertos en América. Esto explica que el castellano terminara siendo el idioma general, no el único, de todos los españoles.

Pero la Corona de Aragón aportó los dominios italianos y trajo el humanismo a España gracias a Alfonso V el Magnánimo (1396-1458).

P.- El año 1200 es clave en la inclinación hacia Castilla de los territorios vascos, en lugar de hacia Navarra.

R.- Vizcaya fue siempre un señorío que dependió de los reyes de Castilla. Alava empezó siendo un condado de Castilla, luego se incorporó a Navarra y, en el 1200, Guipúzcoa y gran parte de Alava pasaron a ser tierras de Castilla. Si se lee a los historiadores vascos de los siglos XVI y XVII, todos escriben que preferían estar con Alfonso VIII (1155-1214) de Castilla, que con el rey de Navarra.

En cuanto a Navarra, se gestó en el territorio de la montaña, donde estaban los vascones y el propio Sancho III el Mayor (¿992?-1035), pero luego se proyectó hacia la ribera del Ebro, y entró en relación con las familias reales de León, Castilla y Aragón. Sancho el Mayor quiso ser señor de Gasuña, pero no lo

consiguió. Decir hoy que Sancho el Mayor fundó el Estado vasco es incorrecto, aparte de que el concepto de Estado aplicado al siglo XI está fuera de lugar.

P.- Junto a la formación de un nacionalismo español en el siglo XIX, también a finales de ese siglo surgieron los nacionalismos periféricos, que también apelan a la Edad Media.

R.- El nacionalismo va de la mano del desarrollo económico. A partir del siglo XVIII, y sobre todo del XIX, Cataluña experimentó un fuerte auge económico, que va ligado al cultural, la llamada *Renaixença catalana*. Eso se tradujo en la gestación del nacionalismo catalán. En el País Vasco, intervienen otra serie de factores (la minería, la siderurgia), que le permitieron convertirse en una fuerza económica importante, lo que tuvo proyección a nivel político.

Durante la Transición, en Castilla y León hasta surgió un nacionalismo segoviano que decía: «Fuimos los más demócratas de la Edad Media, porque los segovianos habíamos nacido para ser libres». Uno piensa: Ah, entonces, ¿los demás hemos nacido para ser esclavos? Para justificar los nacionalismos siempre se busca en el pasado. En el caso vasco, esto es más complejo. El pueblo vasco tiene peculiaridades propias, unas características y una lengua. Pero una lengua familiar, de caserío, que no ha sido literaria. ¿En qué están escritas las crónicas de Navarra? En castellano. Incluso contribuyó a la formación del castellano. Tenemos sólo cinco vocales por influencia del euskera.

P.- Durante mucho tiempo, el nacionalismo catalán y el vasco se han afirmado contra Castilla. ¿Cómo ve este rechazo una persona que ha defendido lo castellano como algo distinto al tópico español?

R.- Ha sido negativo para Castilla. El centralismo no tiene que ver con el pueblo castellano, que está en crisis desde el siglo XVII. Perdió la Corte, que estaba en Valladolid. La población empezó a declinar. Era el granero de España, pero no tenía actividad industrial. Y esto empeoró en tiempos de Franco. ¿Adónde iban a trabajar las gentes de esta tierra? Al País Vasco o a Cataluña. ¿Y dónde iban los ingresos que hacían en los bancos? Al País Vasco o a Cataluña.

P.- ¿En qué medida la identificación entre lo español y lo castellano tiene que ver con la Generación del 98?

R.- En mucha, y eso que no eran castellanos. Eran sevillanos, como Machado; vascos, como Unamuno; alicantinos, como Azorín. No se puede generalizar. Lo castellano es una pieza más de lo español, como el catalán, el vasco, el gallego, el andaluz, el valenciano. Somos un mosaico. Identificar lo castellano y

lo español es un abuso. Madrid se ha identificado con lo castellano, pero esto es abusivo. Madrid no es una ciudad castellana, es una ciudad universal y ahora más que nunca.

P.- ¿Cree que hay unas señas específicas de identidad españolas?

R.- No hay ninguna identidad nacional estática, las identidades cambian con el tiempo.

# EL MUNDO

Lunes, 23 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.371.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / II / JOSEPH PEREZ**

## **«La España de los Reyes Católicos fue una unión política más que una simple unión dinástica»**

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

Catedrático emérito de Historia Moderna de la Universidad de Burdeos, este hijo de valencianos de Bocairant sintetiza como pocos una doble fidelidad. De una parte, la del país donde nació en 1931, y en cuya escuela pública se forjó como ferviente jacobino, y de otra, la de la patria de sus mayores, a la que ha dedicado sus esfuerzos como historiador. 'La revolución de las comunidades de Castilla', 'La España del siglo XVI', 'Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos', 'La expulsión de los judíos de España', 'Carlos V, soberano de dos mundos' y 'La España de Felipe II' son algunas de sus obras principales. Ha sido rector de su Universidad (1978-1983), director de la Casa de Velázquez en Madrid (1989-1996) y puede vanagloriarse de que tanto Francia como España han reconocido su esfuerzo: es oficial de la Legión de Honor, posee la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y es comendador de la orden de Isabel la Católica

PREGUNTA.- Como estudioso de los Reyes Católicos, ¿qué papel les atribuye en la consolidación de una identidad española?

RESPUESTA.- A mediados del siglo XV, en la Península Ibérica no quedaban más que cuatro reinos cristianos: Portugal, Castilla, Aragón y Navarra. Los cuatro se consideraban originales, distintos, pero hermanos: todos eran españoles. A pesar de las diferencias políticas, existía una solidaridad indudable, se consideraban hermanos y compartían la idea de reconstituir la unidad política perdida. Pero ya era tarde para algo que no fuera una unión dinástica y ésta sólo podía hacerse desde Castilla, debido a su posición central. Castilla podía elegir entre una unión con Portugal o con Aragón. Los enlaces matrimoniales estaban destinados a recuperar la unidad peninsular y la boda de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, en 1469, puso los cimientos de ese proceso.



P.- ¿Quiere esto decir que ya existía una conciencia de ser españoles?

R.- Los españoles, como tales, nacen con la conciencia de no ser moros, de rechazar el Islam y de considerarse solidarios de la Cristiandad occidental. España es así el territorio cristiano opuesto a al-Andalus, el territorio de la misma Península ocupado por los moros.

P.- ¿Hasta entonces, nada?

R.- Sí y no. Yo creo que los españoles de la Reconquista, en los siglos IX y X, se sienten distintos de los moros pero, además, se consideran herederos de un legado anterior, de los visigodos y de la época romana.

P.- Volviendo a los Reyes Católicos, ¿cómo valora su unión?

R.- Es mucho más que una simple unión dinástica. Es una unión política. Las dos Coronas conservan sus instituciones, su lengua, sus aduanas, etc. Pero, al tiempo, tienen conciencia de formar parte de un mismo grupo y el propósito de que la unidad, existente ya desde el punto de vista cultural, sea política.

Hasta mediados del siglo XVII, Cataluña, Aragón y Valencia lo aceptan perfectamente. Desde el punto de vista literario, en el Siglo de Oro, el castellano es la lengua de cultura, incluso de los portugueses. Muchos cancioneros y romanceros de 1580 en adelante se publican en Valencia en castellano. Lo mismo se puede decir de Cataluña, el catalán sigue siendo la lengua de la administración, pero la lengua cultural, la que hablan los letrados, es el castellano.

P.- Sin embargo, los Reyes Católicos han tenido bastante mala prensa en las últimas décadas.

R.- Les ha perjudicado la reivindicación de su figura por parte de Franco. Pero la valoración anterior de los Reyes Católicos, incluso la de los liberales del siglo XIX, era muy positiva. Se les veía como los monarcas que habían terminado con las ambiciones del poder feudal, que habían puesto los cimientos de la unión nacional, habían terminado la Reconquista, propiciado el descubrimiento de América e impulsado el desarrollo cultural y económico, así como una ambiciosa política internacional, con la intervención en Italia.

Para los liberales, los Reyes Católicos son los últimos soberanos nacionales que tuvo España. Luego vendrían los extranjeros: los Austrias, a los que

consideraban unos tiranos porque habían reprimido a los Comuneros de Castilla. También responsabilizaban a Carlos I de haber implicado a España en los problemas de la Reforma, en la lucha contra los protestantes. Así pues, mientras los liberales consideraban la política de los Austrias como la causante de la decadencia, el de los Reyes Católicos les parecía un reinado ejemplar.

Y ahí interviene Franco. No es que desvirtúe lo anterior, sino que le da una reinterpretación sui generis. El autoritarismo de los Reyes Católicos contra la aristocracia parece prefigurar el poder fuerte que necesita España. Además, el franquismo reivindica la herencia de los Austrias, del Imperio y de la proyección de la política internacional católica, lo que no habían hecho los liberales. Es a partir de ahí, cuando el juicio sobre los Reyes Católicos cambia.

P.- El concepto de nación en ese momento parece más una construcción cultural que de otro tipo.

R.- Pero también política. Visto desde fuera, a partir de los Reyes Católicos, España es una unidad. En el exterior se habla de la política española, del ejército español, de la monarquía española. Hay dos Coronas, pero desde fuera, y esto acaba teniendo consecuencias dentro, lo que se fragua es España.

P.- ¿En la formación de España, queda algún residuo de al-Andalus?

R.- La España que conocemos, la que se expande, se reivindica como cristiana y solidaria de la Cristiandad europea. La Reconquista es también repoblación, se echa a los moros y se coloniza con cristianos del norte. En el siglo XIII, los moros que quedan en la Andalucía reconquistada son el 0,5 por ciento de la población. ¿Cómo puede hablarse de mudejarismo sin mudéjares? Hay que reconocer que, durante siglos, los que vivían en la Península hablaban árabe, pero la voluntad política de los reconquistadores es acabar con el Islam y reintegrarse a la Cristiandad.

P.- ¿Y de los judíos?

R.- En el siglo XV, los judíos españoles eran más importantes numéricamente que en Inglaterra o Francia, pues las condiciones de la Reconquista habían permitido la coexistencia de gentes de credos distintos: moros, cristianos y judíos. Sin embargo, muchos judíos se había convertido al cristianismo, no siempre de manera sincera, y muchos habían vuelto a judaizar en secreto. La cuestión de los judíos no era una cuestión de libertad individual como ahora. En aquella época los judíos tenían un estatuto aparte.

¿Es posible tener en una nación súbditos que estén sometidos a leyes distintas? En ninguna nación de Europa, no sólo en España, se concebía una situación semejante, sólo en caso de que fueran muy pocos. En toda Europa, el principio era el de «un rey, una ley, una fe».

Así pues, en tiempo de los Reyes Católicos se decide no transigir con las conversiones que no sean sinceras. Y se considera que mientras haya judíos, los conversos sentirán la tentación de seguir judaizando. El establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos, en 1492, se debieron a esta intención de acabar con el multiculturalismo.

P.- ¿Cómo interpreta el proceso de beatificación de Isabel la Católica?

R.- Una beatificación siempre es una medida política. Si se realiza la beatificación de Isabel, se interpretará como una medida para justificar su obra. En mi opinión, es una figura de las más importantes de la Historia Universal, pero ¿merece por eso subir a los altares?

Por otra parte, tampoco se la puede acusar de haber intentado un genocidio. La expulsión fue un acto violento, es evidente, pero si en tiempos de los Reyes Católicos se expulsó a 40.000 o 50.000 judíos, al final de la II Guerra Mundial se desplazó entre doce y quince millones de alemanes que vivían en Rusia, Polonia y Checoslovaquia, para que aquellos territorios quedaran limpios de minorías nacionales. No justifico a los Reyes Católicos, pero hay que relativizar.

P.- Usted plantea la creación de una conciencia nacional a partir de unas coincidencias de tipo cultural, principalmente la lengua, la solidaridad con la idea de la Cristiandad y, finalmente, en la consolidación de una imagen hacia el exterior. Pero esta unidad convive con la autonomía efectiva de los reinos hasta el siglo XVIII, con la llegada de los Borbones.

R.- La evolución es distinta en España y en Francia. En España se parte de varios reinos y señoríos, que poco a poco se intentan agrupar. En Francia, en cambio, se parte de un núcleo central, el territorio real, que poco a poco va agrandándose.

El salto decisivo se realizó en el siglo XIX. La verdadera formación de la nación en Francia es muy reciente, de finales del siglo XIX. Es fruto de la Historia, pero también de la enseñanza y del servicio militar. En España no hubo nada similar. A la guerra de Cuba enviaron a gente pagada. De ahí el odio, el antimilitarismo de muchos españoles. En cambio, por las mismas fechas, en Francia se hace el servicio militar obligatorio para todos. La Primera Guerra Mundial unió a la

patria, dio pie al concepto del ejército como la nación en armas, un modelo que le interesó mucho a Azaña. Un ejército que no es una fuerza de represión, sino que está concebido para defender el territorio nacional y como forma de integración.

P.- La revisión de la nación que hacen los liberales en el siglo XIX, a partir de la Guerra de la Independencia, ¿podría ser lo que marca la diferencia?

R.- La Guerra de la Independencia es la creación de la nación española en el sentido moderno de la palabra: la aparición del patriotismo, como reflejan los Episodios Nacionales de Pérez Galdós. Pero después, a mediados del siglo XIX, los gobiernos moderados convirtieron a la nación en algo preferentemente unido al catolicismo. De ahí que muchos españoles de izquierda se alejaran de una nación que ya no les parecía suya. Si ser español era ser católico, como pensaba Menéndez Pelayo, muchos españoles no encontraban su sitio.

P.- ¿Qué piensa del debate sobre los rasgos de la nación española, que la Constitución de 1978 define como plural?

R.- A todas luces, España se está transformando en Estado federal. A lo mejor es la solución. La actual situación procede de un pasado reciente. La Generación del 98 no ha tenido una influencia positiva en este aspecto, al exaltar la idea de que Castilla hizo a España. El castellanismo exagerado de Unamuno, Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz no ha sido nada positivo para la formación de una nación moderna y ha contribuido mucho a los problemas actuales. Ahora me parece que es tarde para dar marcha atrás. La solución será la formación de un Estado federal. Algo que no es totalmente opuesto a una trayectoria histórica, pero que hubiera podido ser distinta.

P.- ¿En qué sentido?

R.- Si hubiera habido una escuela nacional, si no se hubieran producido fracasos como la Guerra de Cuba. El Ejército en Francia sirvió para dar conciencia nacional a los jóvenes. En España, en cambio fue más bien visto como una fuerza de represión contra los sindicatos, los huelguistas, etc.

P.- Cuando se habla de preservar las señas de identidad de España, ¿qué se está queriendo salvar?

R.- Hay una cultura que puede tener aspectos regionales, pero que no deja de ser española. A nadie se le ocurriría decir que Cervantes es un autor de Castilla-La Mancha. Hay autores catalanes o gallegos, pero creo que en realidad forman

parte de una misma cultura, porque vienen del mismo grupo humano.

El historiador Pierre Vilar pensaba que los nacionalismos periféricos se originaron en el desarrollo económico desigual, por una concentración de la industria nacional a fines del XIX en determinadas zonas: Cataluña para el textil y Asturias o Bilbao para la siderurgia y los altos hornos, frente a un centro mucho más conservador, de estructuras arcaicas y campesinas.

P.- Usted ha estudiado el movimiento de las Comunidades de Castilla contra Carlos I, a principios del siglo XVI. Cuando en la Transición todo el mundo reivindicaba sus señas de identidad, los castellanos atribuyeron a los Comuneros el origen de un nacionalismo castellano distinto del español.

R.- No es tan descabellado. Las Comunidades son interesantes porque confirman lo que decíamos sobre la formación de regiones y reinos y señoríos distintos, culturalmente unidos, pero políticamente diversos. La revuelta de los Comuneros es castellana.

Los comuneros están convencidos de que con Carlos V están perdiendo la independencia política, económica y social que habían conseguido con los Reyes Católicos. El hecho de que el rey de Castilla se transforme en emperador les hace pensar que se verán obligados a sufragar con su dinero y con sus hombres una política que no es castellana, sino dinástica. Su intuición era clara y tenían razón, porque es lo que ocurrió. El cambio total de la Historia de España en aquel momento se debe a la derrota de los Comuneros, porque se pierde la iniciativa de Castilla como nación, ya que va a tener que participar, mal que le pese, en una política imperial que no le interesa. En 1520, los Comuneros lo ven claro: hay un divorcio entre la nación y la dinastía. Le proponen que haga lo que quiera en Alemania, pero con los fondos del Imperio. Pero los comuneros resultan derrotados y la política de los Austrias mayores será imperial y no española.

Quienes en 1975-1976 reivindicaban a los Comuneros tenían razón. De haber triunfado, se habría puesto en marcha una España bastante semejante a la de los Reyes Católicos, con una política internacional que defendía los intereses nacionales y no los dinásticos de los Austrias. El desarrollo de Castilla en parte se frustró a raíz de la derrota de los Comuneros. Éste es el aspecto fundamental de la rebelión comunera.

# EL MUNDO

Martes, 24 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.372.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / III /  
MANUEL FDEZ. ALVAREZ**

## «Cataluña puede sentirse tan España como Castilla»

Su biografía del rey Felipe II lleva vendidas 19 ediciones; la del emperador Carlos V, más de una decena; las de Isabel la Católica, Juana la Loca, Jovellanos... van por el mismo camino. Ningún especialista en la Historia de la España Moderna ha contactado con los lectores como Manuel Fernández Alvarez. Catedrático en la Universidad de Salamanca de 1964 a 1986, miembro de la Real Academia de la Historia y Premio Nacional de Historia por el libro 'La sociedad española del Siglo de Oro', el momento estelar de este prolífico escritor llegó con la jubilación, cuando sus libros han demostrado que no se trata de que la Historia no interese, sino de que quizás no se sabe contar. Hombre campechano, afirma de sí mismo: «Yo soy modesto, pero mi pluma... mi pluma, no»

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** Sus biografías de Carlos V y Felipe II han batido récord de ventas y han popularizado los perfiles de los Austrias. ¿En qué medida cree que influyeron en la formación de la unidad política española? ¿Se puede hablar de España como nación antes de ellos?

**RESPUESTA.-** Con antecedentes visigodos, podríamos arrancar de una etapa en que Isabel y Fernando empiezan a configurar esa Monarquía Hispánica, porque tienen esa meta. Querían forjar un Estado a nivel nacional, con Granada en el horizonte, para cerrar la frontera sur y hacer una nueva España, en el sentido de una nueva estructura política plenamente europea, como se entendía entonces Europa, el espacio de la Cristiandad. Era un proyecto político y religioso.

P.- ¿De dónde le venía a Isabel esta conciencia?

R.- De la tradición de que los reyes procedían de los godos, de una monarquía asturiana que primero se convirtió en Castilla y León, y luego en Castilla la

Vieja y la Nueva. Había una trayectoria de siglos de avances desde el Norte hacia el Sur, con miras a restablecer la monarquía visigoda.

P.- ¿Fue la monarquía visigoda el primer concepto de una idea nacional de España?

R.- Sí, aunque también se puede hablar de una España romana, que se desgaja del Imperio, pero mantiene su recuerdo. Luego viene la España visigoda, que se ve truncada por el alud de la cabalgada musulmana a principios del siglo VIII. Pero quedan rescoldos en el Norte que recuerdan que han sido invadidos y quieren recuperar lo perdido.

Isabel y Fernando completaron esa recuperación. Fernando es el rey soldado, pero el alma es Isabel. Eran los forjadores de una España que respetaba las diversidades de cada reino, con tendencia a una monarquía supranacional, puesto que Fernando venía ya con la corona de Sicilia en la mano.

P.- Eso parece excluir la tesis de España como resultado de tres culturas: cristianos, musulmanes y judíos.

R.- Ahí hablamos de lo no político, de lo cultural, de «los hilos de tres colores» que evoca Américo Castro. En nuestra cultura hay una herencia musulmana, como hay herencia judía, desde la época de Alfonso X el Sabio en adelante. Pero no quita para que haya un proyecto político distinto. Isabel y Fernando acaban expulsando a los judíos y hacen la guerra a los musulmanes. Quieren una España cristiana y crean el Tribunal de la Inquisición, que es el signo de la intolerancia. Es lo más distinto a esa España de tres colores que añoraba Américo Castro.

En todas las loas que hagamos de Isabel, nunca debemos olvidar la nota sombría de la Inquisición, que ha vuelto otra vez hasta una época que yo y los viejos hemos podido vivir y lamentar. Hay que tener cuidado con las páginas negras. El historiador sabe que, de manera inesperada, lo más sombrío puede reaparecer.

P.- ¿En qué sentido la nueva dinastía que llega con Carlos de Gante modifica el proyecto de los Reyes Católicos?

R.- Carlos incorporó los Países Bajos, fue Emperador y complicó la Historia de España. Eso lo sabía el pueblo, porque ¿qué supone, si no, la revuelta de los Comuneros? Es la respuesta del pueblo de Castilla, que estalla cuando se pregunta qué va a pasar con su dinero y sus hombres.

Hubo un momento en que Carlos V se dio cuenta de que tenía necesidad de hispanizarse, porque en esa España, que tiene una fuerza de expansión impresionante, está la base de su poderío. El espectáculo que habían dado en Europa Fernando e Isabel es impresionante. Consiguen la unión y terminan la Reconquista. En el pugilato con Francia por Nápoles, los que parecían unos advenedizos, procedentes de una Castilla pobre, que aún no había descubierto las Indias, lograron victorias impresionantes, como Ceriñola o Garellano, en su forcejeo con Francia.

Hoy hay una tendencia pacifista, de la que yo participo, pero sería ingenuo no darse cuenta de que la guerra siempre ha sido un factor decisivo en la historia de los pueblos.

Eso es una carga que hereda Carlos V y que admira. Pero también está ahí la complicación. El rey de España es también el señor de los Países Bajos, pero con Felipe II, que nació en Valladolid, que no sabe más que dos palabras de francés y que quiere vivir en la Meseta, esa situación es cada vez más forzada. Cuando se produce la rebelión de los calvinistas de los Países Bajos se convierte en una sangría, en un desbordamiento de España.

Además, se complicó con aspectos religiosos, con el empeño de que en los Países Bajos todo el mundo fuera católico, algo que ya criticaron los hombres del tiempo. Un procurador en las Cortes de 1592, cuando la situación era muy grave, dijo claramente: «Si se quieren perder, que se pierdan, pero vivamos nosotros un poco más tranquilos».

P.- ¿En qué medida la proyección exterior española influyó en el carácter nacional?

R.- El que se ve protagonista es arrogante. El romano era arrogante. ¿No lo fue el inglés en el siglo XIX? ¿El francés de Napoleón? ¿No lo es ahora el norteamericano? Cervantes lo vio en Italia. En una de sus novelas, recoge esa figura. «¡Qué malquistos somos los españoles en Italia!» ¿Por qué los italianos llamaban bisoños a los reclutas españoles que llegaban a sus territorios? Bisogno es una palabra italiana que significa «necesito». El español que llegaba a Italia, para exigir algo decía: «bisoño tal», «bisoño cual». Todo lo quería...

P.- ¿Esa política exterior imperialista era compartida por los habitantes de la Península?

R.- Había voces que discrepaban. Ni siquiera algo que parecía unánime, como la incorporación de Portugal por parte de Felipe II, fue deseado por todos los



ciudadanos. Para muchos, significaba aumentar de tal manera el poder del rey frente al vasallo que, si éste discrepaba, no tenía adonde escapar. ¿Dónde van los comuneros cuando huyen de la ira de Carlos V? A Portugal.

La incorporación fue un fracaso, porque la nación portuguesa estaba muy hecha. La primera nación que se forja en Occidente es Portugal. Cuando España todavía está dividida en Castilla, Aragón, Navarra y el reino musulmán en el Sur, Portugal ya tenía su configuración perfecta. Por eso, a principios del siglo XV, ya puede pensar en la gran expansión por los mares, en busca de paso hacia las Indias Orientales.

P.- Un aspecto que define la monarquía de Carlos V y de Felipe II es su proyecto de cristiandad frente a la herejía protestante. Esta lucha y el cierre al humanismo del principio del reinado de Carlos V han definido en negativo la imagen de los españoles e incluso han influido en la creación de la Leyenda Negra.

R.- Al principio, Carlos V era el señor de Erasmo, un humanista, pero, poco a poco, se dio cuenta de que la Inquisición era un instrumento político, el único tribunal que estaba por encima de los dos reinos.

P.- ¿Ve un vínculo entre la expansión imperialista de Carlos V y Felipe II y el control del pensamiento?

R.- Llega un momento en el que el poder político se apoya en el religioso y a la inversa, en que las decisiones que toma el rey parece que están inspiradas por su confesor. Ese es uno de los aspectos sombríos de la España de aquellos tiempos, en la que la Inquisición adquiere un protagonismo atroz.

Cuando Felipe II se incorpora de lleno al poder, en España hay dos arzobispos que están junto al rey y no se sabe cuál va a influir más en su ánimo. Uno de estos dos arzobispos es Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, que parece intocable. El otro es el asturiano Fernando Valdés, el inquisidor. Valdés es un hombre corrupto que quiere un mayorazgo para un hijo natural suyo y sabe que Carranza es mucho más tolerante, un prelado al que se considera casi un santo porque es de costumbres austeras y está desvinculado de sus riquezas.

El proceso a Carranza espantó a Pío V en Roma, que acabó exigiendo al rey que se lo entregara porque sabía que se estaba cometiendo una tremenda injusticia.

P.- Otra de las acusaciones que se hacían a España en la Edad Moderna era la

crueldad hacia los indios.

R.- Esta violencia responde más al modelo de Pizarro, en Perú, que al de Hernán Cortés, en México. Pero eso lo hacen los grandes Imperios. Ante esta reflexión, acudo siempre al poeta Pablo Neruda en el Canto General, donde escribe: «Sí, con el puñal, pero también con el puñal vino la palabra».

También hay que tener en cuenta que la reina Isabel tuvo la concepción grandiosa de que los indios tenían que ser vasallos libres, y eso en un momento en que un pueblo conquistado se convertía en una cantera de esclavos.

P.- ¿Se puede ver en la revuelta de 1640 contra los intentos de centralización de Olivares una raíz del nacionalismo catalán?

R.- El Conde-duque de Olivares rompió el proyecto político marcado por los Reyes Católicos. Estos no pensaban hacer unas Cortes de España, sino mantener por separado las de Castilla y Aragón. Había una frontera, una lengua y una justicia distintas. Cuando un delincuente pasaba a la otra Corona, había que pedir permiso para perseguirle. Existía respeto a las libertades de esos pueblos.

Felipe II lo mantuvo. Hay un sello que le encantaba, un sello que enseguida quiso tener cuando era muchacho, el que reza Philipus Hispaniarum Princeps: Príncipe de las Españas, en plural, no de España. En 1640 Olivares rompió ese concepto, vulneró ese principio, porque tenía otra teoría política y provocó la rebelión. Fue un provocador. Lo que hizo era una barbaridad.

P.- El franquismo supuso el último aliento de una idea imperial, que no hablaba de las Españas, sino de férrea unidad y que idealizaba a personajes como Isabel la Católica y Felipe II, lo que ha hecho que para mucha gente sean hoy figuras negativas.

R.- La Historia es del pueblo y no se puede falsear. Cuando el político quiere arrimar el ascua a su sardina, tiene la tentación evidente de dejarse engañar él mismo. Cree ver en el pasado algo que favorece a sus proyectos políticos e inmediatamente lo aplica.

Crear que la «España una, grande y libre» la hicieron los Reyes Católicos es absurdo. La España de los Reyes Católicos no es la que el franquismo quiso crear y manejar, no era el mismo proyecto político y no fue legítimo que el franquismo se apoyara en los Reyes Católicos.

Existe el peligro de volver al franquismo religioso, y hay que tener cuidado con eso. Cuando oigo, incluso a colegas míos, decir: «Bueno, es que la Inquisición hay que entenderla en su tiempo», pienso que de ahí a justificar la Inquisición puede haber un paso muy peligroso. No, no, no. Los hombres de su tiempo fueron los primeros que dijeron ¡qué barbaridad, la Inquisición! Incluso un Papa, Sixto IV, quiso dar marcha atrás. ¿Qué diríamos de fray Luis de León? ¿Es que era un enamorado de la Inquisición? Leamos Los nombres de Cristo. Lo que dice, aunque veladamente, va en contra de la Inquisición.

P.- La Constitución de 1978 define a España como un Estado de las autonomías. ¿Cómo ve el historiador la identidad de España?

R.- Como español de hoy, veo que Cataluña tiene una personalidad impresionante, que hay que no sólo respetar, sino mantener y mimar, que es algo grandioso. Pero entiendo que puede permanecer dentro de España, siempre que el resto de España sepa respetarla. Si ese catalán se ve respetado no tiene por qué haber ninguna fricción. Siempre puede haber fanáticos, pero en el fondo de la cuestión volvemos a lo de antes, a la cuestión de las Españas.

P.- ¿Se puede decir que la pluralidad es uno de los elementos definitorios de nuestras señas de identidad?

R.- Yo diría que sí. Es uno de los frutos del modo de ser español que no debemos desaprovechar. Esa manera de tener frutos variados es buena. Volvemos a lo que decía Américo Castro, a la madeja de los tres colores. Esa ya se ha perdido, pero queda al menos esa otra gran madeja, la de los pueblos de España. Que Cataluña puede sentirse tan España como Castilla.

El historiador Carlos Seco ha demostrado que hay textos en catalán en tiempos bajomedievales en los que se habla de España. Además, cuando el emperador Carlos V está allí, se ve que los catalanes están gozosos por si hace de Barcelona la capital de su Estado y ésta deja de ser provincia, que es otro de los problemas.

Hay que jugar con todos estos conceptos, y eso es lo que puede hacer grande y hermoso el futuro español. En cambio, si no se tiene cuidado con todo esto, el futuro puede ser más sombrío. Hay un gran contraste entre ambas situaciones, de pasar de un callejón sin salida a una situación esperanzadora. Tenemos que crear el futuro entre todos, sin excluir a nadie.

# EL MUNDO

Miércoles, 25 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.373 /

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / IV / JOHN ELLIOTT**

### «Regresar a las Españas ya no es posible»

En 1950, el joven estudiante John H. Elliott vino por primera vez a España a conocer el país y le impresionó tanto que pensó que, si se iba a dedicar a la historia en lugar de a la diplomacia, se especializaría en la de España, que era entonces un terreno casi yermo en Inglaterra. Cuatro años más tarde, regresó para investigar e hizo su tesis sobre la rebelión de los catalanes contra Felipe IV en 1640. En 1963 convirtió las notas para sus alumnos en un manual al que llamó 'España Imperial'. Para su sorpresa, se convirtió desde su aparición en un clásico. Maestro de una generación de historiadores, nombrado 'Sir' por la reina Isabel II y Premio Príncipe de Asturias por su labor en la Universidad de Cambridge, Londres, Princeton y Oxford, es autor también de 'El viejo mundo y el nuevo' y 'El Conde Duque de Olivares'. En la actualidad prepara un estudio comparado de la colonización española y británica de América

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** En su España Imperial, usted empieza diciendo que cuando los italianos se refieren a Fernando el Católico, le llaman «rey de España». ¿Ya existía España como nación?

**RESPUESTA.-** Hay una idea de España algo vaga, como un concepto geográfico. Los extranjeros hablan mucho de España en el siglo XV. En el interior, es un concepto de las élites, especialmente de los círculos culturales, los humanistas. Hablan de una España perdida que hay que recuperar: la de los romanos, restaurada por la monarquía visigótica.

La Reconquista se entendía como una obra de conjunto de la Península. A ello se suman los enlaces matrimoniales entre las dinastías de Castilla, Aragón y Portugal para la recuperación de esa España perdida.

En los círculos políticos y humanistas, por ejemplo, en torno al cardenal Margarit, el canciller de Juan II de Aragón (1398-1479), se habla de la restauración de esa España. Pero esta sensación que ellos manifiestan no era

compartida por el pueblo. Hasta la invasión de las tropas napoleónicas en el año 1808, el pueblo no tiene un concepto fuerte de España.

P.- Cuando Carlos V asume la herencia de Castilla y Aragón y le da una fuerte proyección europea, ¿no contribuye a reforzar una identidad española?

R.- Se trata más de una cuestión de Castilla que de España. Los Comuneros rechazan el papel global del nuevo emperador, pero, vencidos los Comuneros, las élites castellanas aceptan el destino imperial. Eso refuerza el sentido de Castilla como nación escogida por Dios. Pero se trata más bien de las posibilidades históricas de Castilla que de España.

P.- ¿Hay un fenómeno parecido entre el Reino Unido y España, en cuanto a que ambos son una unión de diferentes reinos?

R.- Lo que había en los siglos XVI y XVII, tanto en la Península Ibérica como en Gran Bretaña, era una unión dinástica. Por lo general, tanto Gran Bretaña como España son monarquías compuestas en esos siglos. Esa fue la norma de casi toda Europa. Hay que pensar en las ideas de la época, que aceptan la particularidad. Por eso se hablaba de las Españas, y no de España. Incluso en la Constitución liberal de 1812, al monarca se le llama «Rey de las Españas».

P.- ¿Por qué fracasa la unión de España y Portugal?

R.- Porque llegó tarde, cuando Portugal ya había conseguido un Imperio global que había reforzado el sentido de identidad de los portugueses.

P.- Inglaterra y España eran dos de las naciones más poderosas en la Edad Moderna. ¿Contribuyó su rivalidad a que españoles y británicos definieran más su identidad nacional frente al contramodelo del enemigo?

R.- Gracias a la gran guerra en la segunda mitad del siglo XVI, el sentido de identidad se reforzó especialmente en Inglaterra, por ejemplo, por la religión. El protestantismo inspira entre los ingleses el sentido de una lucha cósmica contra las fuerzas de Roma y España que, según ellos y los holandeses, aspiraban a la monarquía universal. Era la lucha de una pequeña nación unida por un sentimiento de pueblo protestante contra el gran enemigo del poder hegemónico de la Europa del siglo XVI. No hay duda en este sentido.

Al mismo tiempo, los españoles piensan en Inglaterra, con la que habían tenido relaciones muy buenas en la primera mitad del XVI, como un nido de herejes, cuyo mayor hereje es la propia reina Isabel I.

En ambos países había una visión muy estereotipada. Sin embargo, en esa época hay más interés entre los ingleses por España y la cultura española que al revés. Encontré una carta del conde de Gondomar, el embajador español en Londres en 1619, donde dice: «En los seis años que ha estado a mi cargo la embajada de Inglaterra, no haberse sabido en España dónde está Inglaterra si no es por embajadas, presentes y cosas de gusto».

Hay una ignorancia casi total de Inglaterra entre los españoles. En cambio, tras la paz de 1604, algunos ingleses empezaron a leer español y se hicieron muchas traducciones del Quijote también. Suele pasar que las superpotencias no tengan gran interés en otras partes del mundo, como pasa hoy con los norteamericanos.

P.- En España, hasta la rebelión de 1640, la Edad Moderna es de una relativa paz interior, en comparación con el grado de violencia política en Inglaterra ¿Se debe a que estaba más consolidada la estructura interna de la nación?

R.- En parte, se debe a que el Rey de España es el más poderoso del mundo occidental y desafiarle es peligroso, y, en parte, al sistema pluralista de la Monarquía compuesta. Al no haber un Estado centralizado, los distintos reinos de la monarquía, como Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra, tienen más espacio para maniobrar.

Lo que desde un punto de vista del siglo XIX o del XX se interpreta como debilidad del Estado, resultó ser una garantía de estabilidad, porque daba espacio político a las otras partes de la Península. Las dificultades vinieron por las tentativas de centralizar.

P.- Usted define la patria en la Edad Moderna como una comunidad territorial e histórica, en la que coinciden lengua y etnicidad.

R.- La patria en ese sentido es el producto de la convivencia, durante muchos siglos, de leyes comunes, unas tradiciones comunes, algunas veces de un idioma común, pero no siempre, y de memorias compartidas. La ciudad es la primera patria; después hay otra más amplia, la de las memorias compartidas y, tal vez, en la distancia, hay otra patria, una España muy vaga, pero en la que se piensa cuando hay un ataque de los franceses o de los ingleses. Así que hay varias lealtades, empezando por el propio hogar, después la patria histórica y poco a poco, en los siglos XVII y XVIII, una España, que todavía son las Españas.

P.- Esa patria, ¿es la raíz de la nacionalidad en el siglo XIX?

R.- Tiene algo que ver, porque sus experiencias y sus memorias se incorporan a lo que pasa en los siglos posteriores. Así, hay una visión de una Cataluña o de un Aragón, que enlaza los siglos. Por ejemplo, que los catalanes recuerden con la Diada la conquista de Barcelona por Felipe V forma parte del sentido actual de la patria que tienen los catalanes.

P.- La monarquía compuesta, ¿se empieza a romper a partir del intento del Conde Duque de Olivares de «reducir los reinos de que se compone España al estilo y las leyes de Castilla sin ninguna diferencia», como escribió en un Memorial a Felipe IV en 1624?

R.- Esto representó un choque enorme para el sistema. Olivares quería familiarizar los distintos reinos de la Península, estrechar los lazos entre las distintas regiones para crear una España más fuerte. Ahora bien, su idea de «terminar con la sequedad y separación de corazones» chocó con las leyes de esos reinos.

P.- ¿Por qué fracasó?

R.- Quiso ir con una rapidez que tropezó contra las tradiciones, los derechos, las leyes, las memorias y el sentido patriótico de estos reinos. El año de 1640 fue un desastre, pero, al mismo tiempo, dio una lección a la próxima generación. Durante la segunda mitad de su reinado, Felipe IV dio la bienvenida de nuevo a los catalanes cuando regresaron a la Monarquía española, jurando de nuevo los privilegios y las constituciones de Cataluña.

Durante el reinado de Carlos II no se tocaron los fueros. Pero con la nueva dinastía y la rebelión de la Corona de Aragón contra los Borbones, Felipe V tuvo la oportunidad de conquistar estos países y de hacer más de lo que había intentado Olivares. Pudo empezar de nuevo y creó una España vertical en lugar de la horizontal que representaba la monarquía compuesta.

Desde el principio del XVIII, se abandonó el principio de una España pluralista y se sustituyó por el concepto de una España unida. Pensemos en Carlos III, con su política del castellano como idioma oficial, la bandera nacional desde 1765 y el himno desde 1770. La tentativa borbónica es la primera tentativa seria de crear un Estado español junto con una nación española. Pero la historia de la monarquía compuesta, a mi modo de ver, no ha terminado y estamos regresando a ella.

P.- ¿La revolución catalana de 1640 y la guerra de Sucesión contra Felipe V

fueron revueltas nacionalistas?

R.- Sí, fueron la revuelta de las patrias periféricas contra las tentativas de centralización y castellanización de España. Fueron unas revueltas de gente desesperada por el intento de la clase dirigente castellana de identificar España con Castilla.

P.- ¿No hemos hablado de los vascos porque son parte de Castilla?

R.- Y tienen un papel muy destacado. Hablando del Imperio, de la creación de una burocracia, los vascos tienen un papel importantísimo, que forma parte de ese conjunto castellano-vasco y hasta cierto punto, pero no tanto, aragonés.

P.- ¿Cuándo empiezan las tensiones entre el centro y la periferia?

R.- Ha habido dos tradiciones desde el siglo XV: la de una España pluralista y la de una España centralista, unificada. La España horizontal perduró más o menos bien durante los siglos de los Austrias. La España vertical, bajo los Borbones. La lucha entre esas dos tradiciones se dio en el siglo XIX y, en el XX, se produjo la centralización, aunque la tradición pluralista perduró.

La última tentativa de centralizar y castellanizar la protagonizó el franquismo. El rechazo a esa fórmula en la Constitución de 1978 supone el regreso a la España horizontal y al sistema de la monarquía compuesta.

Hay tensiones, y en cualquier monarquía compuesta siempre las habrá, entre el miedo a la fragmentación y el reconocimiento de la creatividad que hay en la diversidad. Eso es algo con lo que los políticos tienen que convivir para conservar la diversidad dentro de la unidad. Es el gran reto tanto de la España actual, como de la Europa actual.

En este sentido, España ha sido pionera en buscar, mediante el sistema de autonomías, un punto de equilibrio entre la centralización y la diversidad.

A pesar de las tensiones actuales, soy bastante optimista. Veo los problemas, pero éstos vienen con la solución: como ya hemos visto los desastres que se produjeron en las relaciones entre centro y periferia con Franco, no creo que haya otra fórmula. Especialmente en el mundo actual, en el que cada patria, en el sentido viejo, está tan relacionada con otras partes del mundo que la independencia por sí misma no tiene un gran sentido. Sin embargo, la fuerte centralización y la unificación tampoco pueden resultar.



P.- ¿Ve usted diferencias entre el caso catalán y el vasco?

R.- El nacionalismo vasco, en muchos aspectos, es regresivo, representa una idea sentimental e idealizada del pasado que no tiene mucho que ver con el presente. Ese es el gran problema de la España contemporánea. Hay que buscar la causa en el poder de la Iglesia en el País Vasco en el siglo XIX y en Sabino Arana y su modo de ver la cuestión vasca. Ha sido un nacionalismo muy exagerado, muy distinto de lo que pasó en Cataluña.

P.- ¿Su vuelta a la monarquía compuesta es un modelo teórico? ¿Podría darse con una república?

R.- No, porque en una monarquía compuesta todos reconocen al rey como su rey. La solución que Solozano daba hacia 1640 era: «Los reinos se han de regir y gobernar como si el rey que los tiene juntos lo fuera sólo de cada uno de ellos». Así es como funcionaba en la época moderna: el rey de todos es el rey de cada uno y tiene que respetar las tradiciones y privilegios de cada uno. Ahora han cambiado las cosas. En la época moderna cada reino tenía sus propias cortes e instituciones; ahora hay cortes generales.

Que sepa yo nunca se propuso cuando se redactó la Constitución de 1978 nombrar al rey como rey de las Españas, sino de España. Eso es un gran cambio. A finales del siglo XVIII y en el XIX se creó algo que representa un fortalecimiento de la idea de España y regresar a las Españas, como en la época moderna, ya no es posible.

P.- ¿Cómo se conjuga la globalización con el resurgir nacionalista?

R.- Cuanto más grandes son las cosas, más se busca algo menor y conocido. La idea de Europa misma ha reforzado los nacionalismos. Todos buscan algo que conocen, más pequeño, donde se encuentren en casa. Pero se puede vivir en Europa, Gran Bretaña e Inglaterra, se pueden tener tres identidades.

# EL MUNDO

Jueves, 26 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.374.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / V / JOSEP FONTANA**

### «La nación es un fenómeno de conciencia»

Catalán de Barcelona, es uno de los máximos estudiosos del siglo XIX español, singularmente en lo que se refiere a la crisis del Antiguo Régimen, la implantación del Estado liberal, el desarrollo del capitalismo y la formación de un mercado peninsular. Maestro de historiadores, comprometido con su tiempo y convencido de la ineludible función social de la Historia, desde la dirección del Institut Universitari d'Història Vicens Vives en la Universitat Pompeu Fabra, sigue demostrando que la erudición no está reñida con la crítica que ha ejercido con rigor durante casi medio siglo de docencia. Es autor, entre muchos otros títulos, de 'La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833', 'La quiebra de la Monarquía Absoluta, 1814-1820', 'La Hacienda en la Historia de España', 'La Historia después del fin de la Historia' e 'Historia de los hombres'

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** ¿Qué le parece la idea de una España eterna, que viene poco menos que desde Altamira, como sostenía Menéndez Pelayo?

**RESPUESTA.-** Es la vieja idea legitimadora del Estado-nación en vías de convertirse en nación, que tiene sin duda su ejemplo más claro en Michelet, que proponía ver la Historia de Francia como la de una niña que crece. Los Estados-nación casi siempre son señoras, madres. Pensemos en Britannia, en la Marianne francesa, o la España de las monedas de calderilla de cobre, una mujer con un león a su lado. Pero esta idea de una niña que va creciendo hasta llegar a matrona no es más que el intento de reconstruir el presente hacia atrás.

**P.-** ¿Cuál es la diferencia de la idea de España como Estado-nación, a partir de las Cortes de Cádiz, respecto al concepto del Antiguo Régimen?

**R.-** La idea de Estado-nación va ligada al liberalismo. En el Antiguo Régimen, los súbditos se identificaban con un soberano, lo cual no quiere decir que no

existiera una idea de patria, que confundimos con frecuencia con nación.

P.- ¿Podría definir este concepto?

R.- Resulta complejo definir esa forma de identificación amplia con una comunidad, que es la nación. En el Antiguo Régimen, esto ocupa un segundo término respecto a la lealtad a un soberano, que parte y reparte su herencia sin ningún condicionamiento. La confusión se plantea cuando, en el tránsito de una monarquía a un Estado nacional, se incorpora la idea de nación. Los hombres pasan a ser ciudadanos, con derechos y libertades, dentro del viejo marco del Estado, forzando así la homogeneización de este marco como si fuera en realidad una nación.

La nación es un hecho de conciencia, mientras el Estado es un fenómeno político, que tiene fronteras, leyes y ejército que lo defienda.

En algunos casos, esto funciona con eficacia, como el de los ingleses que, ya a fines del siglo XVIII, afirmaban ser «the most national people in Europe».

En nuestro país, Antonio Alcalá Galiano, una de las mentes más lúcidas del siglo XIX, afirmó en 1835 que a los liberales les correspondía la tarea de «hacer de España una nación, que no lo es ni lo ha sido nunca».

Esto parecen no entenderlo quienes suponen que la nación existía ya desde, al menos, los Reyes Católicos. La tarea de los liberales era efectuar esa función. Si la efectuaron bien o no, ése es otro problema.

P.- No parece que consiguieran plenamente ese propósito.

R.- Se debe a la debilidad de dos cuestiones. En primer lugar, la incapacidad de conseguir un tipo de política global, sobre todo económica, representativa del conjunto de los intereses dominantes.

La segunda se refiere a la escasa importancia concedida a la función de nacionalizar, mediante la enseñanza, a poblaciones de distinta base cultural. Hasta bien entrado el siglo XX, por ejemplo, el contacto pleno con el castellano de un joven nacido en las comarcas interiores de Cataluña no se producía hasta su servicio militar.

P.- ¿Sigue hoy vigente esta confusión entre nación y Estado?

R.- Cuando se culpa a la modernidad de todos los males que aquejan a un

mundo cada vez más globalizado, se olvida denunciar al Estado-nación, que ha legitimado muchos de estos males con argumentos casi siempre militares. Los himnos guerreros y la exhibición de banderas han disimulado que existen dos realidades: por un lado, la nación, que es un fenómeno de conciencia colectiva, y, por otro, el Estado, que es, por el contrario, un tipo de entidad que debería justificarse por el viejo principio del contrato social.

Esto supone que el Estado tiene la obligación de proporcionarnos unos servicios sociales, no sólo de defendernos de los enemigos. Sin embargo, el Estado sigue escudándose en su función defensiva, llegando a extremos, como ha ocurrido hasta hace poco aquí, en los que el tamaño de la bandera guardaba una relación inversamente proporcional al volumen de los servicios sociales que el Estado prestaba.

Es hora de que distingamos entre ser súbditos de un Estado, que se basa en un contrato social, y la nación, que no tiene por qué tener fronteras, ya que es un fenómeno de conciencia colectiva.

P.- La conciencia nacional del liberalismo español se vio enseguida enfrentada a los nacionalismos periféricos, fundamentalmente el catalán y el vasco, que se fueron configurando frente a ella.

R.- Cuando hablamos de conciencia nacional, nos referimos a algo que tiene que ver con un sustrato cultural común, no solamente la lengua, sino más complejo, en el que uno se reconoce y se siente bien. Pero estamos en un Estado conjuntamente y nadie con sentido común, conociendo las perspectivas actuales del mundo y de Europa, puede pensar que este Estado sea una nave de la que haya que desembarcar. Tratemos de convivir de la mejor manera posible. Esto quiere decir ocuparse de las cuestiones que afectan realmente a la vida de la gente y dejar los temas de unidad cultural y de conciencia en otro dominio, que no tiene nada que ver con pagar impuestos, reclamar pensiones dignas o preocuparse por la sanidad o la escuela pública.

P.- Este planteamiento choca tanto con los propósitos del Gobierno central, como con los de las comunidades autónomas. Ambos quieren fijar sus elementos identitarios.

R.- Lo más importante es que los ciudadanos entiendan que tienen unos problemas y unos derechos en común y que ésa debería ser su línea de actuación fundamental respecto del Estado.

De otra parte, los historiadores deberíamos ir guardando los mitos y los

símbolos en el armario y tratar de reconstruir, de forma más clara y objetiva, lo que ha sido la historia real de los españoles. Es decir, la historia de las comunidades que han habitado en este territorio y de sus problemas, no sólo de los gobernantes, sino de las gentes de a pie y de los ignorados.

P.- ¿Por ejemplo?

R.- Por ejemplo las mujeres, que no salen en la Historia más que como reinas, santas o cortesanas. En cambio, a las mujeres que descargaban carbón en la ría de Bilbao o a las que constituían la fuerza de trabajo fundamental en el campo castellano no se las reconoce, porque la suya es una historia oscura, que no aporta nada a ese mundo donde sólo interesan quienes se ponen al pie de un cañón o cosas por el estilo.

¿Por qué no nos ocupamos de la expulsión de los moriscos o de la exigencia de la limpieza de sangre, que es un concepto racial y no religioso, vigente hasta el siglo XIX? El reglamento de Escuelas de Primera Enseñanza de Calomarde, en 1824, mantiene todavía la exigencia de que, para optar a ser maestro de primeras letras, se debe presentar un certificado de limpieza de sangre.

Buena parte del patriotismo tradicional hispánico tiene una base racista clara, se ha formado luchando contra el enemigo racial común, el moro, y se mantiene algo tan racista como el certificado de limpieza de sangre, que no pregunta sobre la piedad en la vida de los antepasados, sino si eran judíos o moros de sangre. O el hecho de que, todavía en el siglo XX, cuando se quiere establecer una celebración de la nacionalidad común, se instituye la Fiesta de la Raza. La idea racista está muy asociada al patriotismo tradicional y ayuda a mantener el desprecio hacia quienes no responden a estos estereotipos. Por ejemplo, llamar polacos a quienes no hablan castellano, por más patriotas que puedan ser en cualquier otro sentido.

Tratemos de utilizar las herramientas que proporciona la Historia para entender la compleja realidad de las comunidades de nuestro país, cómo vivieron y a qué problemas tuvieron que enfrentarse, para desmontar así muchos de los errores que han sido causa de problemas que han llegado hasta hoy. Para que no puedan repetirse conflictos como el de 1936.

P.- ¿Cuáles serían los mínimos que hoy pueden identificarnos como España y en qué medida se utilizan para otros fines?

R.- Utilizar los mitos, los símbolos, tiene una ventaja muy clara, supone apelar a los sentimientos contra la razón, buscar apoyo en los elementos que todos

llevamos dentro de tópico, de prejuicio. Durante una reunión de la primera comisión creada para discutir el asunto de los papeles del archivo de Salamanca, uno de los participantes, respetable profesor universitario, saltó diciendo que se oponía a que se devolvieran a los catalanes, porque «a los catalanes, cuando se les da algo, acaban pidiéndolo todo». Evidentemente, esto no respondía a ninguna verificación histórica, sino que procedía de los profundos abismos del prejuicio.

No es fácil, volviendo a Alcalá Galiano, «hacer de España una nación». Después de una difícil trayectoria, tenemos que aprender entre todos a convivir en un Estado del que formamos parte y en el que tenemos responsabilidades y obligaciones, además de derechos.

Esta labor requiere un esfuerzo de educación muy serio para combatir prejuicios. Debería ayudarnos a reflexionar el inmenso daño provocado, en el siglo XX, por la imposición de marcos estatales a comunidades que no eran homogéneas, con su secuela de millones de muertos y de desplazados en un proceso de limpieza étnica.

Cuando se habla, por ejemplo, de la Alemania hitleriana, se hace en términos pura y simplemente de los judíos como un fenómeno racial, pero se olvida que había también un planteamiento nacionalista: la pretensión de establecer en suelo alemán a las comunidades germanas dispersas por el sur de Rusia, por los Balcanes, etc, es decir, crear un hogar nacional alemán.

Tampoco se suele hablar del fenómeno contrario: tras la Segunda Guerra Mundial, cuando millones de alemanes fueron expulsados de lugares donde habían vivido durante siglos, por no hablar del fenómeno que hemos vivido recientemente en los Balcanes. El problema es pensar que la construcción de la nación exige que en ese Estado no haya más que una sola clase de ciudadanos.

P.- En el proceso de reconsideración del Estado de las Autonomías establecido por la Constitución, que hoy se reclama desde diversos ámbitos, ¿en qué podría ayudar la reflexión de los historiadores?

R.- En deslindar los rasgos de tipo cultural, identitario, de lo que significa el conjunto de derechos y obligaciones que implica la participación en un Estado común. Distingamos dos tipos de problemas y tratemos de discutir sobre los que aseguran la igualdad de los ciudadanos, pues tratar de homogeneizar culturalmente ese Estado es un objetivo que no corresponde al Gobierno.

P.- En el Estado español, ¿cómo puede compatibilizarse esto con los

planteamientos de sectores vascos y catalanes que pretenden conseguir su propio Estado-nación?

R.- No es una tarea fácil, pero no pienso que, en estos momentos, nadie con sentido común pueda creer que es posible la formación de Estados nuevos dentro del marco de la Unión Europea actual. Esa perspectiva se acabó con la desintegración de Yugoslavia.

Hablemos de Cataluña, por ejemplo, donde afortunadamente no existe nada que pueda hacer pensar en enfrentamientos internos que tengan que ver con lo que, en última instancia, ha ocurrido en la antigua Yugoslavia, con matanzas y limpiezas étnicas. Está claro que no existen fracturas internas en esta sociedad, por más que se haya intentado alentarlas. Partiendo de este hecho, vamos a intentar ser serios e impedir que jueguen fuerzas que podrían llevarnos a enfrentamientos internos.

P.- ¿Qué retos plantean los inmigrantes al Estado-nación?

R.- Deberían confirmarnos en la necesidad de separar lo que es Estado de lo que es nación. Los inmigrantes, para empezar, vienen aquí porque los necesitamos, eso está claro. Otra cosa es que queramos y debamos poder controlar quiénes vienen y en qué condiciones.

Precisamente, si hubiésemos aprendido a convivir entre nosotros en paz, si hubiésemos sido capaces de evitar salvajadas como las de 1936, seguramente seríamos ahora más capaces de asumir que deberíamos poder integrar a comunidades de culturas distintas, a cambio de que esas comunidades acepten un régimen de convivencia, dentro del marco del Estado. Hay que hacer un enorme esfuerzo para ayudar a esta gente a que se integre, de la misma manera como en su momento, en los años del franquismo, se produjo, y con notable éxito, la integración en el marco de la sociedad catalana de la gran inmigración procedente de Andalucía y de otras tierras de España.

# EL MUNDO

Viernes, 27 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.375.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / VI / STANLEY PAYNE**

### «El fascismo español fue confuso y contradictorio»

El historiador Stanley Payne se define como un hispanista autodidacta, que se decantó por los estudios sobre nuestro país en el sudoeste de EEUU, donde siempre se había enseñado lengua española, pero no Historia de España. Se doctoró con un trabajo sobre los orígenes de la Falange Española en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Catedrático de la Universidad de Wisconsin desde 1968, ha investigado diversos aspectos de Historia contemporánea de España. Es autor de 'La revolución española', 'El nacionalismo vasco, desde sus orígenes a ETA' o 'El régimen de Franco, 1936-1975', libros que se han convertido en clásicos sobre las turbulencias políticas del siglo XX en nuestro país. En la actualidad, prepara un estudio sobre las causas del colapso de la Segunda República

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** Hace casi treinta años que murió Franco. Desde su perspectiva como destacado investigador de la Historia de España y de los fascismos europeos en el siglo XX, ¿qué significó el periodo del franquismo?

**RESPUESTA.-** Varias cosas. En primer lugar, representó la victoria de la contrarrevolución en la Guerra Civil. Este fue su rasgo fundamental, junto al de un impulso regeneracionista. Como casi todo en las primeras décadas del siglo XX en España, en sus inicios, el régimen de Franco fue regeneracionista. Luego, justo después de la Guerra Civil y durante los años correspondientes a la II Guerra Mundial, se convirtió en una clase de fascismo.

Pero esta etapa terminó rápidamente, pues el fin del conflicto bélico con la victoria de los aliados eliminó cualquier posibilidad de que prosperara un régimen fascista. A partir de entonces, el franquismo se desarrolló sobre dos pilares básicos. De un lado, el catolicismo y la cultura tradicional, que constituían el verdadero fundamento de la contrarrevolución, y de otro, como una supraestructura política, una especie de semifascismo.



Aunque estas dos bases eran contradictorias entre sí, hay que reconocer a Franco el talento político de haber sabido manejarlas. Realmente, a partir de 1945, tuvo que apoyarse mucho más en el catolicismo y en la cultura tradicional.

Franco tuvo tres ambiciones. La primera, indudablemente, mantenerse en el poder; la segunda, conseguir la regeneración, el desarrollo y la modernización de España, especialmente en los aspectos económicos y tecnológicos. Pero a la vez, y ésta fue otra gran contradicción, tuvo el propósito de mantener una sociedad y una cultura tradicionales, algo que resultó imposible. O sea que, por una parte, en lo que se refiere al desarrollo, Franco tuvo mucho éxito, fue el gran modernizador de España, pero su éxito en términos económicos eliminó la base de la cultura tradicional y el general no encontró ningún remedio contra esto.

P.- ¿Franco, el gran modernizador de España? ¿No se hubiera modernizado igual sin Franco, si después de la II Guerra Mundial hubiera seguido el camino de Italia o de Alemania ?

R.- Sí, pero no hay que olvidar que España, en el año 1936, no estaba siguiendo el camino de Italia. Además, el proceso revolucionario no iba a modernizar al país en términos económicos.

P.- Pero en términos, quizá afectivos, hoy España se encuentra exactamente igual que otros países de Europa Occidental, salvo que más de una generación ha sido sacrificada en cuanto a libertades políticas, a elecciones Y casi parece que no hubiese pasado nada...

R.- Efectivamente, la Guerra Civil y el Franquismo han sido un hiato para España. Pero la razón hay que buscarla en el proceso revolucionario de la II República. España abandonó el buen camino en el año 1923, con el primorrreverismo. La mejor opción para el país hubiera sido mantener el parlamentarismo, el liberalismo, porque en aquel momento estaba en una fase de gran expansión económica. Sin embargo, lo impidió la existencia de numerosos problemas políticos, a los que no se supo dar solución. Lo más importante hubiera sido mantener el proceso de liberalización y de modernización bajo la monarquía como garante de una cierta unidad. Después de la experiencia de la primera dictadura, que radicalizó todo, con la república se desarrolló un proceso mucho más radical, que suscitaba muchísima oposición desde todas partes y lo hizo muy difícil. España abandonó el buen camino en 1923. Después se produjo un hiato de casi medio siglo.

P.- ¿Qué diferencia había entre el fascismo español y el nazismo alemán o el fascismo italiano?

R.- Muchas. Entre los fascismos hubo toda clase de diferencias, porque el fascismo fue, sobre todo, un nacionalismo exacerbado y cada uno enfatizó las condiciones específicas de su propio país. Así, el fascismo italiano era muy diferente del nazismo alemán y, a su vez, el fascismo español, diferente de ambos, aunque más parecido al caso italiano. Yo diría que el rasgo diferencial del fascismo en España fue un cierto talante cultural tradicionalista, cosa que no tenía el italiano, que era muy modernizante. Por ejemplo, en los aspectos puramente culturales de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange, se advierte un talante profundamente tradicionalista junto a un arraigado catolicismo. Así pues, el fascismo español tuvo siempre un carácter tradicionalista y por dicha razón pudo funcionar dentro del esquema franquista de la Guerra Civil. La frase que acuñó, al fin del franquismo, el sociólogo Amando de Miguel de «fascismo frailuno» es bastante acertada. El fascismo español fue un intento confuso y contradictorio, porque su propósito de combinar fascismo político y cultura católica era algo que no podía funcionar.

P.- ¿Cómo se explica que el nacionalismo español, que en el siglo XIX fue sinónimo de liberalismo y de progreso, evolucionara en el siglo XX como algo cada vez más alejado de las izquierdas, que conectaron en muchos casos con los nacionalismos periféricos?

R.- Es una consecuencia de las luchas políticas y de la radicalización. Porque en el siglo XIX había también varios discursos españolistas, pero en aquel tiempo el discurso ultraderechista no era nacionalista. El cambio, la conversión, tuvo lugar, primero, bajo la dictadura de Primo de Rivera. Se trataba de hacer un nuevo discurso regeneracionista, pero que combinara el nacionalismo español con un ultraderechismo, es decir un derechismo modernizante en lo económico, pero acompañado por aquel discurso ultracatólico que, en el siglo anterior, no había sido nacionalista. Todo esto fraguó en un tipo nuevo de nacionalismo derechista y autoritario. Sin embargo, este empeño, iniciado bajo Primo de Rivera, fracasó. Fue rechazado por el propio rey en 1930 y, luego, durante la II República, con las luchas políticas, el proceso revolucionario y el antiespañolismo de las izquierdas.

P.- Durante el franquismo se hizo una revisión ultraconservadora de la Historia de España, que exaltaba determinadas figuras como los Reyes Católicos, los Austrias, utilizándolas como herramienta política ¿ha podido influir en que hoy se tenga una visión negativa o deformada de estas mismas personalidades y épocas?.

R.- Si, en parte. Pero no es una novedad del franquismo, porque siempre hubo, también en el nacionalismo liberal decimonónico, una exaltación de la figura de los Reyes Católicos como los unificadores de España. Ocurre, sin embargo, que el franquismo le añadió nuevos matices derechistas. Efectivamente, la debilidad del nacionalismo español deriva de eso, de la ausencia de espíritu patriótico en España, que es algo mucho más serio. Es cierto, la ausencia de patriotismo español se debe en parte a un rechazo del franquismo, pero no solamente, pues Franco hace casi treinta años que está enterrado. Es también consecuencia de la evolución de la sociedad y de la cultura españolas.

P.- Pero parece como si, en la Transición, la cultura española se definiera frente al franquismo. Así como la conciencia que uno tiene de sí mismo varía en cada momento, en la Transición se redescubre España, se reescribe otra vez, y la gente busca una nueva definición de sí misma y lo hace contra los conceptos impuestos por el franquismo.

R.- Sí, es verdad. No cabe duda que esto ha ocurrido, pero hay que preguntarse por las razones. ¿Por qué se advierte, de un lado, una ausencia de afirmación nacional constructiva y, de otro, un intento de afirmar un patriotismo constitucional, siguiendo el ejemplo alemán?. Me parece muy bien. Sin embargo podría haber también algo más: un sentido de la Historia de España que no se reduce a Francisco Franco, que es tan sólo uno de sus episodios importantes. En la historia de dos milenios, Franco supone un periodo breve. Habría que preguntarse por qué no hay más sentido de la Historia de España, de lo que ha sido a través de los siglos. ¿Estamos contra Franco y eso anula un milenio? Resulta una conclusión muy simplista, que refleja una cierta ausencia de conciencia y de bagaje intelectual.

P.- Usted ha señalado la falta de un nacionalismo en España, que tras la II Guerra Mundial el nacionalismo se veía con malos ojos. ¿Cómo explicar entonces que, al final de la dictadura, las libertades en España hayan resurgido con un marcado nacionalismo periférico?

R.- Es la gran contradicción del fin del siglo XX. Que la globalización y la diversidad en todos los países subrayan también las identidades más pequeñas, más individuales, porque hay que agarrarse a algo y, si las identidades más generales se cuestionan, entonces hay que dar mayor énfasis a las identidades locales y regionales. Lo que ha ocurrido en España sucede de igual forma en otros países. En Estados Unidos, por ejemplo, donde no hay nacionalismos periféricos existe el problema de la llamada diversidad. En España, sin embargo, el proceso es más sutil y se manifiesta de forma más intensa, debido a razones de la propia Historia y, sobre todo, por la forma de la modernización del país, que originalmente fue más intensa en unas regiones, Cataluña y el

País Vasco. Estas cobraron mayor importancia económica y, con ello, una mayor importancia política que recalca su identidad específica. En cambio, si la modernización de España hubiera tenido lugar en Málaga o en Sevilla, entonces el catalanismo y el vasquismo hubieran sido mucho más débiles. Así pues, es el resultado de la combinación de una serie de factores; factores históricos más pactistas en el caso de Cataluña y más radicales y revolucionarios en el País Vasco, pero también del modelo de industrialización, de la peculiar forma de modernización de España. Por ejemplo, en Italia, el foco principal de la industrialización no tuvo lugar en Sicilia, en la región con un dialecto casi diferente, sino en el Noroeste, donde se hablaba un italiano más estandarizado. Si la industrialización se hubiera producido en Castilla la Vieja, probablemente no estaríamos hablando del nacionalismo vasco.

P.- Pero en sus trabajos sobre el nacionalismo vasco sostiene que el fundamento ideológico de Sabino Arana, en el panfleto Vizcaya por la independencia, era un puro disparate

R.- Fue realmente un invento sobre la nada, una serie de relatos sobre supuestas batallas de las que no hay constancia. En toda la Europa contemporánea y en cuestiones de nacionalismo, no ha habido un caso más claro y neto de invento historiográfico que el del vasquismo. Casi bate todos los récords. Por ejemplo, si lo comparamos con el nacionalismo serbio, sus batallas con los turcos son un hecho histórico; puede haber exageraciones, pero al menos hay una raíz histórica, mientras que el caso vasco es un invento esencialmente puro.

P.- También ha hablado de un nacionalismo contrarrevolucionario, opuesto a los movimientos revolucionarios que se produjeron en la II República ¿Por qué cree que la República no triunfó en España.

R.- La República no triunfó porque tenía demasiado poco interés en la democracia, empezando por los propios republicanos de izquierda, que consideraban a la República como su proyecto político, pero no como una democratización. No creían verdaderamente en ella, porque posiblemente con la mera democratización habrían ganado las derechas. Este fue su defecto básico.

P.- Y en este sentido, ¿cómo se ve la restauración monárquica?

R.- Como un factor muy positivo. Como ya he dicho antes, creo que España perdió el buen camino el año 1923, al no haber seguido con la democratización bajo la monarquía como una institución nacional, de conjunto y garante de la

unidad.

P.- Se ha escrito que la Constitución de 1978 no ha resuelto los problemas de España y que, desde entonces, España se ha desnacionalizado.

R.- Bueno, ¿qué resuelve qué? Naturalmente, una Constitución no puede de por sí resolver todos los problemas de un país. Depende de la cultura política, del desarrollo de la sociedad, de una multiplicidad de factores. Pero aunque se hubiera podido pedir más a esta Constitución, creo que era muy difícil en aquellos momentos conseguir más. En mi opinión, ha sido un modelo bastante inteligente.

P.- Y desde entonces a ahora, ¿Cómo lo ve usted?

R.- Lo veo bastante difícil, bastante difícil, pero no como consecuencia de grandes defectos de la Constitución, sino del país y también de la coyuntura histórica actual, que es una época de globalización. Y ahí está la contradicción. Por ejemplo, los catalanistas y los vasquistas creen que, en el marco de la Unión Europea, ellos pueden ser también entidades internacionales, o sea que pretenden una disgregación.

P.- ¿Y usted cree que lo podrían ser?

R.- No, no lo creo.

# EL MUNDO

Sábado, 28 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.376.

## OPINION

**EL MUNDO, ANTE EL GRAN DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA / Y VII / JOSE ALVAREZ JUNCO**

## «Al nacionalismo le queda retirarse al museo»

José Alvarez Junco es un historiador atípico. Cursó Derecho, más interesado por la Filosofía que por el Derecho Privado, y Ciencias Políticas, pero fue el estudio del anarquismo español lo que le llevó indirectamente al terreno de la Historia. En 1992, obtuvo la cátedra de Historia de España de la Universidad Tufts, en Boston. Entre sus publicaciones destaca 'El emperador del Paralelo. Alejandro Lerroux y la demagogia populista'. Pero es, sobre todo, 'Mater Dolorosa, la idea de España en el siglo XIX', un análisis del surgimiento del nacionalismo, la obra que, con nueve ediciones en menos de tres años, le ha hecho conocido para el gran público. Catedrático de Historia del Pensamiento y los Movimientos Políticos y Sociales en la Universidad Complutense, acaba de ser nombrado director del Centro de Estudios Constitucionales

ASUNCION DOMENECH. ARTURO ARNALTE

**PREGUNTA.-** Usted asegura que la supervivencia del españolismo depende de su asociación a un patriotismo constitucional, pluricultural y distanciado del franquismo. ¿Cree que hay peligro de desaparición de España?

**RESPUESTA.-** Quiero decir que hay que desvincularse de viejas identidades étnicas, de ideas como «soy español porque nací aquí, soy blanco, católico». Pues no, uno es español porque tiene un DNI español, paga los impuestos y es fiel a un edificio constitucional. Los rasgos étnicos no forman muy bien la nacionalidad.

Más que de peligro de desaparición, yo hablaría de peligros. La Historia consiste en el cambio y mejor será que preparemos a nuestros hijos más para un cambio que para la permanencia, porque el mundo en el que vivirán será muy diferente del actual. Pero yo no hablaría de peligro, sino de que la identidad común a la que llamamos española o España está cambiando constantemente y, ahora, a más velocidad.

P.- En los nacionalismos más fuertes, el vasco y el catalán, ¿ve usted elementos étnicos?

R.- Tienden a un contenido étnico bastante fuerte, que el nacionalismo español, al menos formalmente, ha abandonado. Los contenidos católicos y conservadores, relacionados con el franquismo, están desprestigiados. Mientras que el catalanismo y el vasquismo, como estuvieron asociados con la lucha antifranquista, no lo están y mantienen esos contenidos étnicos, lo cual es muy anticuado.

P.- Se habla de detallar las «nacionalidades históricas» en la Constitución. ¿Qué opinión le merece?

R.- Me parecería un error. ¿Cómo vamos ahora a asegurar cuáles son las nacionalidades históricas? ¿Vamos a fijarlas para siempre? Es como si hiciéramos una ley por la cual los equipos de primera división tienen necesariamente que ser los mismos. Además, sería muy difícil decir cuáles son las nacionalidades históricas. ¿Cataluña, País Vasco y Galicia? ¿Por qué no Navarra, que ha mantenido su excepción foral incluso bajo el franquismo? ¿Por qué no Andalucía? Hay una manera de hablar inconfundible y cuenta con todo lo demás: unas fronteras y una cultura bastante definidas. Dejemos abierta la puerta a una cierta indeterminación, porque la realidad es bastante indeterminada.

P.- Usted define nación como un lugar común imaginado, en el que un grupo de gente se reconoce. ¿Eso sí existe?

R.- Ese tipo de sentimiento, de reivindicación política de la soberanía sobre un determinado territorio, porque se tiene una personalidad histórica, existe en Cataluña y el País Vasco, por parte de segmentos de población relativamente amplios, pero no tanto en Galicia.

P.- Se considera que el surgimiento de la nación en España se produjo en las Cortes de Cádiz, en 1812. ¿Este tipo de nación liberal, mantiene hoy vigentes su características?

R.- Pocas, más como mito que como realidad. Nación identificada con Estado, como lo definió la Revolución Francesa, casi no ha habido ninguna. Podríamos hablar de algunos casos de entidades más pequeñas en Europa: Dinamarca, Portugal. Pero más bien son las excepciones. Los demás nos hemos escapado de ese modelo. Los pensadores y los constructores políticos de los siglos XIX y XX han tomado sobre todo como modelo a Francia. Creer que, si no nos

acercábamos al modelo francés, éramos una rareza ha sido un error, porque lo que era una rareza era Francia.

P.- ¿Cuáles serían las características fundamentales del modelo francés?

R.- Es sencillo: un Estado, es decir, una estructura política y administrativa, un sistema de leyes que se imponen mediante un aparato coactivo y que coincide con una sociedad con características étnicas comunes. Cada país de un color plano, como lo veíamos en los mapas. Ese ideal de homogeneidad dentro de los límites territoriales es el ideal de Estado-nación, pero la realidad no se corresponde con él. Un pueblito de la frontera española con Francia se parece más a Francia que a Cádiz. Los nacionalismos dicen lo contrario, que la homogeneidad de una sociedad bajo la jurisdicción de un Estado es completa. ¿Qué queda de eso? Poco, porque las sociedades han sido siempre heterogéneas culturalmente y cada vez más.

En España, el 7% de la población es inmigrante. A fines de la década, tendremos un 15%. Habrá barrios en Madrid y Barcelona donde los inmigrantes van a llegar al 50%. Con la incorporación a la UE, los viajes, el multilingüismo, ¿qué sentido tiene refugiarse en el seno materno, sólo con gente que sea igual que yo, que hable igual que yo? Vamos a un mundo cada vez más diverso.

P.- ¿Cómo el de EEUU?

R.- Estados Unidos es, en cierto sentido, el modelo. Una sociedad en la que hay muchas religiones, muchos idiomas y muchísimas identidades étnicas. Entre un negro de Mississippi y un blanco de Boston hay diferencias tremendas, pero los dos tienen en común el pasaporte, pagan los impuestos y respetan la Constitución. Eso en Europa va a ser también la norma. ¿Cuál es la religión hoy más practicada en Inglaterra? El Islam.

P.- ¿Ese modelo funciona?

R.- Da problemas, pero diferentes a los planteados por el nacionalismo. Los inmigrantes magrebíes de un barrio de Madrid no pueden plantear sus problemas en términos de nacionalismo, porque no tienen un territorio. Estamos todos mezclados.

Los gitanos son el grupo étnico más claro de España sin duda, pero nunca ha habido un nacionalismo gitano. ¿Qué territorio iban a reclamar los gitanos, los judíos en Europa en el siglo XIX, los negros en EEUU? Como en el futuro no va a haber comunidades homogéneas en un territorio, difícilmente se van a



plantear los problemas en términos de nacionalismo. Se plantearán de otra manera: leyes de no discriminación, de protección de las minorías, como se presentan los problemas de las mujeres o de los homosexuales. El discurso nacionalista es un discurso anticuado, no responde a los problemas de la sociedad moderna.

P.- ¿Qué papel queda para el concepto de pertenencia a una nación?

R.- Al nacionalismo le queda el papel de irse retirando a los museos, aunque será punta de lanza y pretexto de movimientos extremadamente conservadores. ¿Quién es el más nacionalista en Francia? Le Pen.

Ahora bien, el sentimiento de pertenencia es distinto, porque uno pertenece a muchas cosas además de a la nación: a un género, a una minoría sexual, a la tercera edad o a la infancia... Un señor que es médico, judío, homosexual, alemán, de la tercera edad, ¿qué es? Hace 100 años no hubiera habido duda: alemán. Hoy día, no está tan claro.

P.- La primera Constitución española, la de Cádiz de 1812, decía que la nación española la formaban los españoles de ambos hemisferios. Algo mucho más amplio que la de 1978, que habla de «la indisoluble unidad de la nación española, patria indivisible de todos los españoles». ¿No es eso un matiz muy nacionalista?

R.- Eso obedeció a las tensiones políticas del momento, para contentar a los grupos de derechas y las presiones militares. A la vez, para contentar a nacionalistas vascos y catalanes, se pusieron otras, que contradicen esto: las regiones y nacionalidades de España y su derecho a la autonomía. También en el preámbulo hay referencia a los pueblos de España. Por un lado, se afirma la unidad y, por otro, se dice que España está compuesta de pueblos y nacionalidades, que no se acaba de saber bien qué son. La Constitución mantiene una ambigüedad. Hubiera sido mejor no referirse ni a esa unidad esencial de España ni a esas regiones y nacionalidades o pueblos de España.

P.- En el XVIII, los ilustrados centraban su atención en los ciudadanos en lugar de en la nacionalidad. ¿Qué ha pasado?

R.- Los ilustrados eran seres cosmopolitas, que se consideraban ciudadanos del mundo, pero llegaron Juan Jacobo Rousseau y el Romanticismo, Herder y la idea de que existe el espíritu de los pueblos y que las auténticas realidades son colectivas. Creer en un alma colectiva es confuso y ha dado lugar a muchas peleas por entes metafísicos. No hay que olvidar que el Romanticismo, que ha

tenido excelentes productos literarios y artísticos, es la base de enganche del fascismo, por su exaltación de lo que está por encima del intelecto, de la acción, la mística del vivir peligrosamente.

Es más fácil el sentimiento primario de que nosotros somos los mejores y nuestras mujeres, las más hermosas, pero el racionalismo ilustrado tiene un respeto profundo al individuo. Se debería enseñar en la escuela, debería haber una asignatura que se llamara Educación cívica en vez de Religión. Y en Historia, no podemos volver a la tradicional de España, sino que debemos ir hacia una Historia más amplia: la de la comunidad autónoma, pero también la de España, Europa y el mundo.

P.- La Historia del nacionalismo español es la de un giro de 180 grados. Nace con el liberalismo y acaba en manos de los conservadores.

R.- El nacionalismo español empieza siendo liberal en Cádiz, aunque con mucho contenido étnico. Por ejemplo, la Constitución de Cádiz declara que todos los españoles son católicos, y termina el siglo identificándose con el nacional-catolicismo. Los católicos, por su parte, empiezan el siglo rechazando la nación, porque les parece una noción liberal y prefieren la jerarquía basada en la divinidad. Y a final de siglo, la nación ha cambiado de lado. Los católicos se han dado cuenta de que la nueva base de legitimidad que conviene para un orden social conservador es la nación: Jaime Balmes, los neocatólicos bajo Isabel II, los congresos católicos de finales de siglo, Menéndez Pelayo, acaban creando el nacional-catolicismo, que al final es la ideología de Franco.

P.- Usted fecha en la derrota de 1898 y la pérdida de Cuba el alejamiento de catalanes y vascos del gobierno central.

R.- Sí, porque el Estado español hizo una demostración de incompetencia muy grande. Estaba solo internacionalmente. El ejército no funcionaba, era injusto, mandaba a la guerra a los pobres y no los podía proteger, no les daba asistencia sanitaria. El 90% de los que mueren en la Guerra de Cuba lo hacen por enfermedades y no en batallas.

Esto se produjo en un contexto intelectual en que se valoran las razas, el momento del racismo, cuando conquistar unos cuantos kilómetros cuadrados más en Egipto demostraba la superioridad de la raza inglesa frente a la francesa. Eso llevó a la conclusión de que los españoles eran una raza inferior, vieja, en peligro de extinción, y los que estaban en Cataluña y en el País Vasco, elaborando unas teorías basadas también en la idea de raza, dijeron: la raza decadente será la española, pero no nosotros. Sabino Arana dice que la raza española es africana y que los vascos no tienen nada que ver con ella. También

Prat de la Riba lo dice: los españoles son bereberes. Africa empieza donde termina Cataluña y empieza Aragón.

P.- El discurso de Arana pervive.

R.- Sí, es una buena demostración de la antigüedad de ese pensamiento. La idea de raza no tiene sentido científico y ha caído en desprestigio en el mundo, tras 1945, y en cambio se sigue usando.

P.- El nacionalismo español y su pugna con los periféricos fue, según usted, uno de los detonantes de la crisis del sistema parlamentario español. Parece que sigue siendo el principal problema.

R.- Lo sigue siendo, pero las circunstancias son diferentes. A principios del siglo XX, había mucha gente que pensaba que el sistema liberal era decadente, que no servía y ahí se apoyaron los fascismos. Hoy, si hay una verdad adquirida, es que el sistema liberal parlamentario tiene defectos, pero cualquier otro sistema es peor. Que podamos entrar en alguna crisis por el choque entre el nacionalismo español y los periféricos no quiere decir que se ponga en peligro la democracia, me parece muy difícil.

P.- ¿Qué queda de España?

R.- Un Estado: una Administración, un cuerpo de leyes y un aparato coactivo. Un Estado que no es lo que era, pues pierde competencias; hacia abajo, se las ha dado a las comunidades autónomas; y hacia arriba, porque las ha entregado a la UE y a sus compromisos internacionales. Es decir, España ha perdido soberanía.

Queda un sentimiento de nación fuerte entre una amplia parte de la población, desde los católicos conservadores hasta otros que tienen un sentimiento de españolidad muy fuerte, sobre todo en el centro y en el suroeste de España, y queda ese sentimiento complejo y compartido que tiene mucha gente en zonas de la periferia, no sólo en Cataluña y el País Vasco, que se siente las dos cosas.

Cuando los nacionalistas radicales piden que se reconozca su realidad tienen derecho a hacerlo, pero olvidan que los otros, con su sentimiento, también tienen derecho a ser reconocidos.